

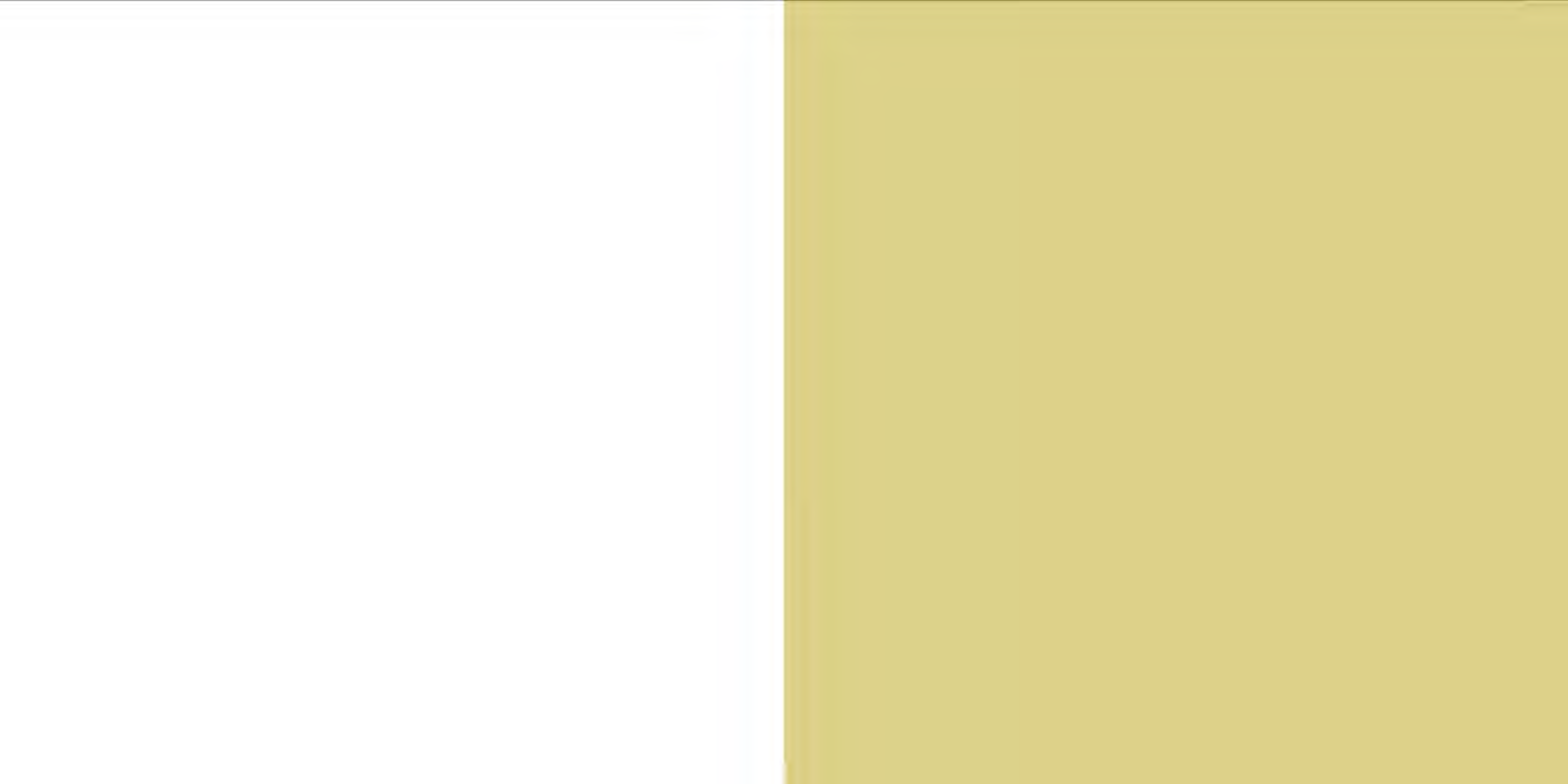
An illustration of a young girl with dark hair, wearing a yellow long-sleeved shirt, dark gloves, and a headlamp. She is sitting inside a large, ornate, golden clock face that is open like a hatch. The background is filled with intricate golden gears, chains, and other clockwork mechanisms. The overall color palette is warm, dominated by golds and browns.

LA JOVEN
Y EL
RELOJ DEL
TIEMPO

ARIADNA VOCES

LA JOVEN
Y EL
RELOJ DEL
TIEMPO

ARIADNA VOCES



Hubo una vez una ciudad, en la que se alzaba una gran torre. En esta torre se distinguía un enorme reloj, en el que podías ver la hora desde cualquier lugar.

Este no era un reloj cualquiera, este marcaba el tiempo. ¿Y qué reloj no lo hace? Os preguntaréis. Este reloj producía el tiempo. Si no funcionaba, el tiempo tampoco lo hacía.





En el interior de la torre se encontraban las entrañas del reloj, un montón de ruedas dentadas, que giraban para hacer funcionar otros pequeños relojes, que a cada “tic-tac” hacían mover otras ruedas.

Su funcionamiento era complejo. El fallo de una sola pieza del engranaje podía entorpecer el movimiento de todo el mecanismo. Por lo que necesitaba un mantenimiento constante. Dentro de la torre, una joven se encargaba de que todo marchara sin parar. Era algo así como la vigilante del tiempo.





Nadie mejor que ella conocía como hacer funcionar el reloj. Y gracias a su labor la gente conseguía asistir a sus citas a tiempo, coger el tren en hora o no llegar tarde al trabajo.

Esto fue así hasta que sin saber por qué el reloj se paró. Era medianoche cuando las manecillas dejaron de moverse, y mientras la ciudad dormía, el tiempo quedó parado a las doce en punto.



Mientras la joven vigilaba la torre, dejó de oír el “tic-tac” de los relojes, y el silencio invadió todo el lugar. El silencio más absoluto que creyó haber sentido jamás.

Ella sabía que si el mecanismo dejaba de funcionar el reloj se deterioraría, y junto a este, el tiempo se descompondría.

Preocupada, corrió a revisar piso por piso qué había hecho detenerse el reloj. Las ruedas no giraban, y se negaban a moverse a la fuerza. Las manecillas quedaron estáticas. Ni de los relojes de arena caía un solo grano.





Para su sorpresa encontró varias piezas que habían sido descolocadas. La joven creía que nadie más podía haber entrado en la torre, pero empezaron a surgirle dudas.

Recogió todas las partes maltrechas, entre las que encontró: relojes con cristales rotos, ruedas que habían sido desencajadas y tornillos desenroscados.



En el suelo distinguió unas pequeñas formas que se deslizaban hasta entrar en un roto reloj de bolsillo. La joven lo cogió algo insegura y quedó totalmente paralizada al ver el interior.

Dentro encontró un grupo de pequeñas manchas, las mismas que había visto deslizarse. Parecían hechas de miel, pero la joven supo distinguir que en realidad eran de aceite. El mismo que ella utilizaba para lubricar los engranajes. Mientras tenía el reloj de bolsillo en la mano, vio como empezaban a mirarla con unos ojos diminutos.



Creyó estar soñando, pero mientras se pellizcaba las mejillas las manchas no apartaban la mirada de ella. Sin saber exactamente qué hacer, comenzó a preguntarles qué le habían hecho al reloj, pero estas no reaccionaron. Una vez más, y elevando un poco el tono volvió a preguntar, pero obtuvo el mismo resultado.





Las manchas empezaron a deslizarse y a subir por el brazo de la joven. Ella, paralizada, vio cómo se mezclaban y cambiaban su forma hasta que fue capaz de leer en su brazo la palabra: TIEMPO.

Eso la confundió todavía más, y desconcertada cogió un pañuelo y se limpió el brazo. Cuando abrió el pañuelo, las manchas miraron molestas a la joven.



Volvió a meterlas dentro del reloj y fue decidida a revisar si había más en otras partes de la torre. Pudo ver cómo grupos de pequeñas manchas empezaban a asomarse a su paso.



La joven quiso saber de dónde habían salido, pero no obtuvo respuesta. Nuevamente preguntó algo alterada por qué estaban ahí, a lo que las manchas respondieron formando en el suelo la palabra: TIEMPO.





La joven desistió pensando que le estaban tomando el pelo, y decidió ignorarlas y empezar a reparar los daños. Mientras trabajaba, las manchas se le acercaron, pero ella les dio la espalda. Entonces una de las manchas comenzó a trastear entre las herramientas, a lo que las otras se le añadieron, y entre varias comenzaron a imitar a la joven.



Al notar que algo sucedía detrás de ella, la joven se giró y quedó perpleja ante la escena que estaba viendo. Entre varias manejaban herramientas y cambiaban piezas de un sitio a otro. Alterada les gritaba que parasen, pero las manchas no parecían hacerle caso.



Un grupo de manchas cogieron piezas del suelo y empezaron a llevárselas. La joven tuvo que perseguirlas, pero antes de que se diera cuenta se habían metido por un hueco por el que ella no cabía.

Se asomó por el pequeño hueco y distinguió un diminuto pueblo hecho con elementos que no tardó en reconocer. Eran piezas del mecanismo, como las que había encontrado antes tiradas en el suelo.





La joven tenía que llegar al otro lado, pero un muro de ruedas dentadas se lo impedía. No le quedó otra opción que escalar las ruedas para poder ver desde lo alto qué sucedía detrás del muro.

Cuando llegó arriba vio que el pueblo era más extenso de lo que imaginaba, por lo que habían sido muchas las piezas robadas para construirlo. Si tantas habían sido movidas de su sitio, la joven sentía que no sería capaz de descubrir cuál había hecho detenerse el tiempo, antes de que el reloj se deteriorase del todo. Aún así decidió bajar para ver el pueblo de cerca.



Las manchas vieron como la joven empezaba a bajar y corrieron a esconderse en las casas. En cuanto tocó el suelo tuvo que ir con mucho cuidado de no pisar ninguna de las pequeñas construcciones.

Avanzó como pudo, mirando todo lo que había a su alrededor. No era capaz de ver a las manchas pero se sentía observada.



Siguió caminando hasta que sin darse cuenta se plantó delante de una pequeña torre que tenía un reloj. La joven quiso cogerla para verla más de cerca, pero en cuanto alargó el brazo notó como las manchas la habían rodeado.





Estaba paralizada. Cuando fue capaz de hablar preguntó por qué habían cogido todas esas piezas, a lo que las manchas respondieron formando en el suelo la palabra: RELOJ. La joven empezó a gritarles que no podían desmontar el tiempo real para construir sus juguetes. Las manchas parecían asustadas pero no dijeron nada ni dejaron de rodearla.

Viendo como la miraban y sin saber muy bien qué hacer, decidió coger la pequeña torre en un gesto rápido. Las manchas reaccionaron subiendo por el pantalón de la joven. Iban mezclándose entre sí hasta que formaron una masa aceitosa. La joven respondió amenazando con tirar la torre si no la soltaban, y las manchas le hicieron caso y comenzaron a bajar.



Analizó de cerca la torre, y miró a través de las pequeñas ventanas. Distinguió en el interior un montón de diminutas piezas que parecían las entrañas de un mecanismo, similar al que ella vigilaba diariamente. Parecía ser funcional, pero se había detenido al igual que el del gran reloj.



La joven volvió a colocar la torre en su sitio. Se giró, miró a las manchas e insistió en que el único reloj de verdad era el que habían estropeado, y si no lo arreglaba pronto no recuperarían el tiempo. Las manchas no reaccionaron.

Creyó que intentar comunicarse era absurdo y pensó en marcharse, pero en cuanto dio un paso la barrera de manchas que la rodeaba se cerró aún más.



Entendió que las manchas no querían que se marchara. De pronto unas cuantas se le acercaron arrastrando un pequeño arsenal de piezas sueltas y algunas herramientas. La joven, alterada, preguntó para qué querían que arreglara su pequeña torre ahora teniendo algo tan importante que hacer, a lo que las manchas respondieron: TIEMPO.





Se sentía algo desesperada, pero insistió explicándoles que no era ese el reloj del tiempo que tenía que arreglar. Además de que su pequeña torre ni siquiera estaba conectada al mecanismo del gran reloj.

Cuando terminó de hablar vio como una de las manchas se le acercaba arrastrando una larga cadena. Se dirigió a la pequeña torre mientras la joven la miraba con curiosidad.

La mancha colocó la cadena en una rueda que había en la parte trasera de la torre, y seguidamente miró hacia arriba, luego miró a la joven y volvió a mirar hacia arriba.

La joven muy sorprendida preguntó si esperaban que ella subiera para conectar la cadena a otra rueda. Las manchas solo la miraron, y ella cogió la cadena y comenzó a escalar de nuevo un muro de ruedas dentadas.





Cuando llegó arriba miró a su alrededor en busca de alguna rueda donde colocar la cadena, y después de ajustarla bien volvió a bajar. Al ver que nada había sucedido culpó a las manchas de querer distraerla con sus juegos. Las manchas la miraron y entre varias volvieron a acercarle algunas piezas y herramientas.



Cuando creyó que estaba listo terminó de colocar todo en su sitio y cerró la pequeña torre. Al poco rato las diminutas manecillas del reloj empezaron a moverse, y después vio como la cadena poco a poco se deslizaba hacia arriba. La joven se quedó atónita mirando la escena.

Pudo escucharse como lentamente arrancaban de nuevo las ruedas, y poco a poco el “tic-tac” volvía a invadir el interior de la torre del gran reloj.

No podía creerse lo que estaba viendo. Emocionada miró a las manchas, y ellas se mezclaron las unas con las otras para formar la palabra: TIEMPO. Después, y sin poder detenerlas, se desunieron y fueron a esconderse de nuevo.

Cuando el tiempo volvió a funcionar, la joven notó como el agotamiento ocupaba su cuerpo, y no pudo más que caer rendida al sueño sabiendo que al día siguiente todos volverían al fin a despertar.



